

César Vásquez Fuller

El Culto Fálico

Contribución al estudio de la
Teogonía en Imbabura.

Es evidente la afirmación corriente de que la cultura de los diversos pueblos y razas que pueblan la tierra, en su proceso evolutivo, ha tenido que seguir estadios semejantes.

Los pueblos primitivos de Europa, como los de Asia, África y de América, manifiestan en sus períodos culturales, una cierta semejanza en las ideas y representaciones gráficas.

El culto fálico, en Europa y Asia, tan bien estudiado por etnólogos y sexólogos, con sus modalidades características, lo encontramos también entre nuestros primitivos ascendientes americanos. Estos, en su afán de expresar objetivamente ciertas fuerzas, para ellos sobrenaturales, utilizaban medios gráficos y escultóricos rudimentarios en la forma más eficaz.

La escultura a la que nos vamos a referir a continuación, ratifica el criterio de que el hombre, en todas las épocas de la historia, ha tendido a objetivizar lo que consideraba como

sobrenatural con símbolos de su propia creación o con la reproducción de los órganos instrumentos. Así, para ellos, el fenómeno biológico de la reproducción, teniendo una interpretación teosófica a su manera, se les representaba en forma materialista.

El símbolo encontrado en la ciudad de Otavalo, nos va a dar a conocer cómo nuestros aborígenes, con cierta claridad de expresión, esculpían la fuerza productora de la naturaleza en lo que concierne a la procreación humana. Aquel pueblo, que no se encaminaba a tientas en pos de la cultura, rendía fervoroso culto a la divinidad fálica como gestora de la fecundidad femenina y dispensadora de la buena suerte.

Para los historiadores coloniales, estos símbolos son carentes de todo valor. Ellos no han tenido la suficiente sutileza para meditar sobre el significado de figuras toscas e impuras a sus ojos. Pero, para quienes tratan de interpretar, por medio de estas ideografías, el significado cultural de nuestros aborígenes, tienen un enorme valor porque expresan la interesante subjetividad indígena.

EL HALLAZGO

Parece que el culto fálico de los aborígenes otavaleños era trascendental. Lo comprueba el hecho de haber encontrado el símbolo en estudio, en una tola de grandes dimensiones que debió ser construida con la contribución de una inmensa población y en un período de tiempo considerablemente largo.

Este monumento aborígen está situado al extremo oriente de la calle García Moreno, en la ciudad de Otavalo; está encerrado entre

una amplia curva que forma la línea férrea. El montículo afecta la forma de una pirámide truncada; tiene la base rectangular, con las dimensiones de 85 x 75 metros; en la parte superior o plataforma mide 40 x 40 metros, y 12 metros de altura, en línea perpendicular. La erosión producida por los efectos de las lluvias y las grandes y frecuentes extracciones de tierra para construcciones y rellenos, han destruido en buena parte esta gigantesca obra, motivo por el cual no podemos admirarla con todas sus características originales.

En el año 1900, el I. Concejo Municipal de Otavalo resolvió prolongar la mencionada calle. Al realizar los trabajos, abrieron el montículo por la mitad, sin ninguna escrupulosidad científica, rompiendo, de este modo, los objetos arqueológicos allí existentes y sin siquiera guardar los que resultaron ilesos. Entre estos se hallaba el ídolo que lo encontraron empotrado en una especie de muro y lo dejaron abandonado. Pasados muchos años fue recogido y transportado a nuestro museo particular. Testigos oculares de la excavación nos han relatado que allí se encontraron restos de construcciones primitivas, subterráneos que guardaban esqueletos, vasijas y varios otros artefactos.

Al examinar la tola en la parte abierta, se observa que contiene variedad de tierras, lo que manifiesta que ella ha sido trasladada de diversos lugares y fueron acumulándola hasta formar la imponente pirámide.

EL IDOLO

La escultura, en conjunto, semeja un cilindro, forma dada tal vez por caracterizarle aún más en un sentido fálico. Pues, en lugares cercanos a Otavalo, se han encontrado ídolos

fálicos consistentes tan solo en figuras cilíndricas.

Rudimentariamente se ha tallado la figura en un fragmento de roca volcánica de 57 1/2 centímetros de altura. Representa a un hombre con expresión de recogimiento y de facciones pronunciadas. Tiene los brazos plegados al pecho, mostrando cuatro dedos de grandes dimensiones. La cabeza es grande y alargada; la cara, vista de perfil, es desfigurada, el ancho de la cara es el mismo que el del tórax; carece de frente y orejas; la parte craneana no se diferencia de la facial. Los grandes ojos redondos, carentes de pupilas, están sobresalientes. La nariz es larga, recta y muy poco pronunciada; las fosas nasales están señaladas por una pequeña incisión que divide el extremo inferior de la nariz. La boca, regular y abierta, está indicada imperfectamente por medio de una concavidad ovalada.

La divinidad se halla completamente desnuda y exhibe los órganos genitales, representados por tres puntos o protuberancias que forman un triángulo; la parte inferior, que corresponde a los testículos, se encuentra a nivel de los codos. Carece de piernas y de pies, súpleles una parte del cilindro que le sirve de base; una parte de ésta está rota, a juzgar por el color y la forma de la parte fracturada.

La roca es de color gris; está algo deteriorada por la acción del tiempo. La imperfección de su factura aparenta una gran antigüedad. Por la identidad de materiales, parece que el bloque utilizado procede de las canteras de Peguche y San Vicente; yacimientos estos que, indiscutiblemente, fueron utilizados por los prehistóricos escultores otavaleños.

EL SIMBOLO

La desnudez de la figura, con el detalle de exhibir los órganos genitales; la posición espasmo afectiva de las manos puestas al pecho, la expresión de laxitud de la cara y, finalmente, por el lugar en donde fue encontrada, demuestra que la escultura representa una deidad de culto fálico del singular sistema teogónico de los primitivos pobladores de Otavalo.

Para tal afirmación es necesario recordar que nuestros aborígenes, impotentes de complicadas abstracciones teosóficas, se crearon sus dioses confeccionándolos de acuerdo con aquello que les servía de estímulos sensoriales. Todo cuanto producía en ellos impresión auditiva, visual o todo cuanto hacía vibrar su sistema nervioso, tenía probabilidades de convertirse en dios. Por lo que es lógico suponer que una escultura que ostenta - pese a la imperfección del arte - una pose sensual, es incontrovertible prueba de que se adoraban sus genitales expuestos de ese modo.

No podemos creer que hayan sido ciertas culturas exóticas las que enseñaron a los habitantes de Otavalo tal adoración, sino que éstos, respondiendo a sus impresiones elementales de vida, concedieron a la copulación un valor extraordinario. Esta inspiración quizá pudo también haber sido influenciada por la necesidad ritualista de la vida comunal.

En diversos lugares de ambos continentes se han encontrado esculturas que parecen haber sido trabajadas con idéntico objeto: la adoración al falo. De allí que nos proponemos afirmar que el culto fálico es uno de los más generalizados en los pueblos primitivos.

Talvez se pueda comentar que en otros

lugares no se han encontrado símbolos fálicos semejantes. La respuesta es fácil presentarla: los pueblos no poseen identidad en su medio natural; cada uno de ellos está rodeado de una naturaleza suigéneris, de la que utiliza sus objetos o animales conocidos para sus representaciones gráficas o escultóricas. Es así como, en Egipto, se rendía tributo al buey Apis; en Grecia y Roma se adoraba al Príapo, simbolizándolo en forma de cabro; en Cihuatán, El Salvador, se daba culto al perro; en San Agustín, Colombia, se representaba con una pareja de monos, y en Otavalo, se le exhibe a un hombre con sus genitales al descubierto, manifestando de este modo se auto-veneración sexual.

Prueba evidente de la fastuosidad singular con que los indígenas de Otavalo veneraban al Dios Falo es el conjunto de adoratorios admirados por su magnitud y por sus esculturas y que, a pesar de la primitividad de su factura, son de trascendental significación para la investigación en el proceloso campo teológico indígena.